

las diversas ciudades colombianas, mucho mayores. Sobre los horrores de aquella prisión y el trato inicuo que a los presos políticos se daba en los albores de este siglo, puede leerse también con provecho el libro de Adolfo León Gómez, *Secretos del Panóptico*, que es hoy una rareza bibliográfica.

En Venezuela, durante el régimen de Juan Vicente Gómez, se extremaron los rigores, en este sentido, hasta límites inverosímiles. En el libro de Tomás Rourke, *Gómez, tirano of the Andes*, pueden verse al respecto algunas ilustraciones fotográficas elocuentísimas: a la muerte del tirano, el pueblo de Venezuela arrojó al mar, en Puerto Cabello, extraídas de esta sola fortaleza catorce toneladas de grillos. Un solo par de estos pesaba ¡ciento cuarenta kilos! (23).



(23) TOMAS ROURKE: *Gómez, tirano de los Andes*. Edit. Claridad. Buenos Aires, 1940, pág. 273.

## MEDITACIONES SOBRE EL HOMBRE NUEVO

Por JORGE ECHEVERRI HERRERA

Catedrático de la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Hacemos parte de un conjunto de pueblos —los que forman la América—, que se han limitado a incrustarse en la historia, como pedregal en la roca; pero que no la han hecho ni la han estremecido. La circunstancia de haber irrumpido nuestro hemisferio a las corrientes cósmicas hace cinco centurias, cuando aquellas brotaron de milenios arcanos, explica nuestra niñez atónita frente a hechos y fenómenos que fueron anteriores a nosotros, de cuya concepción fuimos ajenos, y que se produjeron con su feroz dinámica cuando estos territorios yacían en el misterio.

Bien se sabe que antes de que Colón, el genovés intrépido, fuera poseído de su náutico delirio, los primitivos de otras latitudes habían vivido un ciclo cargado de carácter; que la India, la China y el Egipto le dieron rasgos propios al pensamiento y al alma de la cultura asiática, y que la organización mercantil se remontaba a los fenicios y a los babilonios. El orden jurídico y las manifestaciones estéticas, de Grecia; el Imperio Romano y la venida de Cristo; los señoríos germánicos; la irradiante estela del Obispo de Hipona; Bizancio y el Islam; la lucha por la fe; Carlomagno y las Cruzadas; el Feudalismo y el Renacimiento; la Reforma y la expansión asiática, eran hechos cumplidos y recogidos por la historia, cuando la América dormía en la penumbra.

Ello explica que desde los primeros tiempos de nuestra vida propia, hayamos aceptado la imposición de filosofías extranjeras como línea de menor resistencia para adaptarnos, aparentemente, a órdenes morfológicos exóticos y cuyo fondo nunca conocimos. Ello explica igualmente nuestra cultura simulada, nuestra indolencia, nuestro desconcierto, nuestra falta de fe y de entereza religiosa. Miramos hacia atrás, y encontramos que nada positivo hemos hecho; observamos el presente, y hallamos por doquier la quiebra de la caridad, del dere-

cho, de la solidaridad humana; y dirigimos los ojos al futuro, con el complejo cierto de que, como nada hicimos y otras potencias imperiales lo están haciendo todo, ya no habrá porvenir para nosotros ante el empuje de estas civilizaciones extrañas.

Quedará, ciertamente, amojonada la vida de nuestra nación entre dos esclavitudes: la lengua que nos impuso España por tres siglos y cuarto, y la que sólo después de ciento cuarenta años de vida independiente vemos que asedia al mundo con sórdida vehemencia? A más de haber transcurrido este lapso fugaz de nuestra soberanía, sin dejar huella cierta de orientación para quienes nos releven mañana, habremos de permitir que otros borren el camino que nos trazaron los libertadores? ¿Todo seguirá siendo adhesión sin reservas a las teorías importadas? ¿O habrá, por el contrario, una réplica del hombre verdadero, que vuelva por los fueros de la especie subyugada, de la criatura abatida, de la sociedad narcotizada con la dialéctica materialista?

No se oculta a nadie que el debate ecuménico moderno se está llevando a efecto entre dos tesis extremas: la doctrina del Soviet y el Capitalismo. No pretendo hacer ahora un examen a fondo de cada una de aquellas teorías; pero sí quiero subrayar el hecho de que su pugna procelosa y creciente, viene desvaneciendo en forma paulatina los delineamientos propios de la persona humana. Incurriría en temeraria ingenuidad si osara subestimar el basamento intelectual formidable de aquellos dos sistemas, pues los hechos actuales que de uno y otro lado se hacen patentes a la mirada del hombre, son más elocuentes que cualquier actitud arrogante de pueril menosprecio. Cabelmente la peligrosidad de esas escuelas —en forma muy particular, de la marxista—, radica en el contagio factible de su lógica, puesta a prueba en mil ángulos, con experiencias hórridas.

Yo sugeriría a la juventud no incurrir en el alucinamiento propio de nuestra idiosincrasia, frente a los fabulosos sucesos de la época. Y demandaría de ella una posición volitiva bizarra, a fin de que pueda tornarse no sólo inmune, sino cerebralmente agresiva en el terreno en donde sea eventualmente retada por los filósofos de la heterodoxia. Ningún momento tan tempestivo como este, para que una generación cristiana auténtica, y por ende dotada de una acerada textura intrínseca, pueda crear tradición en donde nunca, de verdad, la ha habido; pueda agrupar en torno suyo lo más selecto de los grupos sociales; pueda actuar con estilo y con ímpetu fecundo en el trazado de un nuevo orden legítimo.

Para ello, desde luego, se impone que cada uno averigüe qué quiere de sí mismo y se empeñe en obrar en concordancia. Es claro que el alcance de nuestra cotidiana superación subjetiva, nos reclama una lucha pertinaz contra innúmeras seducciones a que nuestra naturaleza es proclive. Pero el rasgo distintivo del hombre lo define justamente su capacidad de hacer, con decisión sin reservas, aquello que hacer debe, y de abstenerse de lo que no debe. Aquí radica, a mi

ver, la fuente de la alegría verdadera, que es preciso oponer a la pesadumbre y a la languidez de nuestro tiempo. No ubique el hombre nuevo en la diversión *planificada* y fugaz, los objetivos de su trayectoria. Sino en el letífico aliento que mana de Dios mismo.

Si la juventud quiere hacer una vida a imagen y semejanza de sus propios sueños —que estoy en el deber de presumirlos diáfanos—, tiene la obligación de buscar a todo trance la verdad en lo físico y en lo metafísico. Tiene que ser honrada con Dios y con los hombres y con ella misma, y humilde en la pesquisa de lo real y de lo puro. Si algo hay vigente ahora es el reino de las tinieblas, a causa de la pavidéz con que la criatura ha esquivado, sin resistencia alguna, la Verdad revelada. Es menester recuperar la heredad arruinada, y plantar en ella, “sin respetos humanos”, nuestra fe y nuestro credo. No estoy pidiendo la verdad como un arma contra nadie, la dura y cruel verdad que quebranta la caridad que es la máxima de todas las virtudes, sino aquella que trasciende de los textos de Kempis: “Verdaderamente es grande el que tiene gran caridad. Verdaderamente es grande el que se juzga pequeño y tiene en nada la más encumbrada honra. Verdaderamente es grande aquel que por ganar a Jesucristo tiene por basura todas las cosas terrenales. Verdaderamente es sabio aquel que cumple la voluntad de Dios y renuncia a la suya propia.”

Siendo ello ineluctable, la juventud debe pensar en el deber que tiene, de ser generosa. Prodigar el favor, el buen consejo, la palabra de aliento, la alegría. No dar las sobras del banquete fastuoso, sino, inclusive, renunciar a lo poco o a lo pletórico que se posee, en bien de los necesitados. Entregarse por la patria entera; abrir, si es necesario, el hueco que la muerte deja en el torrente del destino, como cimientó de una nueva estructura, plena de luz munifica sin dejar de ser recia, en favor de los faltos y los menesterosos. No en vano están escritas estas bellas palabras de Isaías: “Si tú das tu alma como pasto a los hambrientos, y si tú sacias al alma afligida, la luz se levantará en las tinieblas y las tinieblas serán como el mediodía; y el Señor te dará el reposo para siempre y llenará tu alma de esplendor, y libertará tus huesos y serás como el jardín y como la fuente de aguas inextinguibles. Y en tí serán edificados los desiertos de los siglos y suscitarás el fundamento de una y otra generación.”

He aquí, como estos pensamientos nos van aproximando, de manera insensible, al concepto de amor. Del amor que consiste en darlo todo sin apesadumbrarnos; del amor que nos lleva a la plegaria y a la eucaristía, como medio beatífico para irradiar a Cristo sobre nuestros hermanos; del amor que nos incita a purificar el corazón, como índice de fe y expresión de esperanza; del amor que nos hace pedir “el pan nuestro” y no el pan “mío”; del amor que nos compendia la suma del decálogo. De este tipo de amor es del que habla Romano Guardini, cuando dice: “El amor no sólo custodia; el amor transfigura. Lo dado en amor se convierte en gloria de Dios. Si uno da en amor, resulta que algo terreno y caduco se convierte en celestial y

eterno. Una cosa mezquina es transformada en gloria y magnificencia. Una plenitud totalmente nueva nace allí. Recuerdas el dicho del Señor, que “¿debemos congregarnos en el cielo”? Allí, en Dios, el don pertenece al que da y al que recibe. Y crea entre ambos una hermandad inefable”.

El planteamiento que he venido intentando, puede despertar la ocurrencia que formulara Goethe: “Pensar es fácil; obrar difícil, y obrar de acuerdo con el pensamiento lo más arduo del mundo.” Jamás he pretendido desconocer el alcance de esta frase veraz; pero la propongo a la consideración de la mente y del espíritu de la juventud, no como estímulo al desmayo medroso, sino, por el contrario, como voz incitante a la responsabilidad. Entiendo la seriedad como el más caro de todos los deberes. Es una obligación de todos los días, que consiste en pensar rectamente; en ver los problemas en donde ciertamente radican; en reconocer nuestros yerros y en enmendarlos con ahínco, y pronto; en procurar vivir como se piensa, para no correr la contingencia de terminar pensando conforme se vive. La responsabilidad consiste en responder *si sé*, cuando evidentemente se sabe lo que se cuestiona, y en contestar *no sé*, cuando se ignora; en no engañar al prójimo ni macular su nombre; en hacer de la vida fiel reflejo de todos los principios que dicta la conciencia; en cumplir la palabra que se empeña, por encima de todos los azares.

El grupo humano constituido por las más recientes generaciones, ha emergido a la faz de la existencia en el lapso corrido entre las dos últimas décadas. Período ha sido este cargado de infortunio, signado de dolor, sobresaltado y cruento. Su balance espectral arroja muchos muertos, mucha sangre y miseria, mucha aflicción vertida sobre la especie lacerada. En el activo se hace ostentación de fantásticos descubrimientos científicos: la física, la medicina, la arquitectura, la técnica militar y hasta el derecho, han registrado avances que son casi quiméricos. Pues bien: el mundo espera que la juventud no se sume a las huestes plañideras, que ante el horrendo espectáculo de pavor y de ruinas quieren apagar las antorchas con el solo concurso de sus débiles lágrimas. El mundo está a la espera de cerebros que escruten con devoción honesta todo lo que la investigación ha generado, con prodigioso impulso, para desplazarlo de sus flancos malditos, al servicio de toda la grey de los humanos.

No se oculta que este *stock* vasto de alteraciones en las ciencias, ha sido fecundado en la entraña de las naciones no católicas, en los últimos años. Sin embargo, el espíritu religioso de muchas de ellas, con la excepción soviética, se ha acrisolado y acendrado, se ha refinado, depurado y probado en tal manera, que se diría una mágica paradoja moderna, cual son frecuentes tantas en el devenir de la civilización.

Sin embargo, el fenómeno se aclara cuando se tiene en cuenta que el pecado conduce al arrepentimiento. Cuando se precisa en qué grado el escándalo apareja la torturante sensación de culpa. Cuando

se advierte que toda destrucción espolea el ánimo de edificar de nuevo. Cuando el espíritu de responsabilidad de que hablábamos arriba, desnuda nuestra miseria íntima y nos sitúa en el trance de reparar el daño ocasionado.

Pero esta prueba profunda, como ha quedado dicho, ha sido padecida, experimentada y vivida por pueblos no católicos. Bien es verdad que ellos pecaron por acción flagrante; pero el arrepentimiento íntimo de muchos de sus hijos puede ser el comienzo de una nueva posición espiritual frente a las cosas de la tierra. Conviene que inquiramos si la legión que nosotros integramos —la que fue bautizada en la Iglesia verdadera—, no ha pecado también, por omisión a menos. Esta inquietud no admite evasión en la respuesta. Pues es lo cierto que la falta de heroísmo del católico nuevo, su ausencia de coraje, su enerve y blanda aceptación burguesa, con reparos internos a la magna doctrina, demuestra a todas luces su desentrenamiento, su empañamiento intrínseco que le hace inepto para reflejar con la claridad debida los dos leños cruzados que cambiaron la historia.

Vistas así las cosas, desgarradas y escuetas, no cabe menos que insistir en una gran Cruzada de irradiación de Cristo. Si por algo vale la pena este misterio de que el hombre como misterio está rodeado, y que se llama la existencia, es porque, mientras fluye maravillosa y rauda, el hombre la va dejando con la ocasión y el derecho de conquistar lo sobrenatural. Pero si Dios no puede engañarse ni engañarnos, a El no podremos llegar sino después de un recorrido tesonero y humilde, denodado e insomne, por los caminos que nos legó a su muerte. La verdad que destella desde Roma, no es para simularla sino para vivirla, con elación y decisión y mística.

Se objetará, quizás, de antifóbica, la exposición en que vengo ocupándome, pues de un lado convoco la atención juvenil al horizonte de lo temporal, y de otro le demando que escrute lo sobrenatural y divino. Mas no hay contradicción en este doble enfoque, pues si bien el Reino del Señor no es de este mundo, al menos lo supone como realidad inmediata, como puerto de donde se parte al allende. Romper la cáscara superficial dentro de la cual se está formando el fruto de mejores destinos, para que él nazca y crezca con el frescor que da la primavera: he allí el mandato para el hombre auténtico.

Quiero que no se subestime el acento que he querido ponerle al carácter, como gonfalon y consigna de la vida. Si Dios ha de certificar los quilates de esta, es porque quiere que aquí en la tierra se midan tanto su plenitud como sus méritos. La circunstancia de haber germinado nosotros en un país que todavía es inédito en considerable medida dentro del concierto del mundo, reclama con mayor apremio la más severa de las disciplinas, conducente a darle personalidad y adultez. Sólo el quehacer aguerrido, puro y definitivo de las nuevas personas de Colombia podrá variar la ruta maligna que transita desde hace tanto tiempo, anegada en la sangre y sumida en la blasfemia.

Desearía que se tomara nota de como, en tanto que nuestra República no ha visto quebrantada su soberanía —salvedad hecha del

secuestro alevoso de nuestro Istmo—, desde cuando la obtuvo, como tal, al principio, hasta los días que corren, Alemania, hace menos de quince años, sufrió la amputación más injuriosa de que nos den razón todos los tiempos, Y quiero subrayar, de manera sincera, en qué grados asombrosos, este pueblo mutilado se ha situado de nuevo en el cenit de la democracia cristiana, de la inteligencia, del orden y del trabajo productivo, en contraste con el imperdonable despilfarro que las generaciones colombianas hemos hecho de nuestra estéril e ilusa libertad.

¿Sería que Hitler tenía razón cuando hablaba de la superioridad de su raza? ¿Será que entre nosotros no hay raza espiritual, ni ímpetu heroico, ni carnadura de ejemplares varones? No deseo pensar en que sea válida ninguna de estas inquietudes. Solamente quiero transcribir esta declaración del doctor Adenauer, canciller de la República Federal alemana: “Abrigo la esperanza de que cuando, disipados el polvo y la niebla que ciegan a los hombres actuales, la posteridad juzgue mi obra, pueda decirse simplemente que cumplí con mi deber.” No será, por ventura, que allí radica el distingio sustancial entre los dos estilos de ver y de sentir y de pensar?

Yo soy de concepto que debe ensayarse una posición cartesiana frente a nuestra historia política. Conocer exhaustivamente, es claro, la realidad social y económica de Colombia; pero sin prestar oídos atentos a la estulticia tradicional que la ha venido aletargando, dada su inoperancia y su vacío. Soñar la patria y decidirse a hacerla; concebirla y darle vida; estudiar sus defectos y tratar de repararlos; romper amarras con la cortedad anómica que ha inoculado nuestro organismo político.

Tal vez, en la órbita social, el cumplimiento en Colombia de esta concepción del deber a que se refiere Adenauer, podría plasmarse con acento fecundo tomando como base el pensamiento expuesto por otro de los grandes apóstoles modernos de la doctrina de Cristo, Alcide de Gasperi, quien decía:

“La escuela católica social elabora principios; nosotros ciudadanos, con nuestra responsabilidad, los aplicamos a los problemas concretos. El programa ideal es fuente de inspiración; más hacemos política con todos los elementos de la contingencia y de la relatividad; esa es responsabilidad nuestra. Por eso, amigos, debemos agregar a nuestro pensamiento católico, a nuestra mentalidad cristiana-social, la actitud política democrática cristiana. Teólogos y filósofos tienen una misión distinta de la de estadistas y organizadores. Un partido que se integra por las representaciones de múltiples intereses, para conciliarlos en el progreso y la renovación, debe inspirarse en una concepción integral de la vida y debe también ser inspirado por una fe inamovible, lista para el sacrificio, abierta a la hermandad: no existe ninguna fuente más abundante y más pura que la del Evangelio, sentido y practicado.”

## El Genio o Alabanza de la Imaginación Creadora

Por HERNAN GUILLERMO ACOSTA

El espíritu trascendente, y por ello mismo sobrenatural, extrahumano y ultraterreno, no se ha evadido de los escollos de la mediocridad, de la estulticia y de la avilantez, sino en los bajajes formidables de la imaginación creadora.

EL AUTOR.

Antes de entrar en la exposición del problema, y en temerario intento de dilucidar este espinoso y difícil asunto que hemos dado en llamar: *El genio o alabanza de la imaginación creadora*; permítaseme aun cuando en forma transeúnte y fugaz, ilustrar a mis lectores acerca de las tres acepciones principales que tipifican y distinguen la noción de *genio*, y que son también las maneras generales que suele darse al empleo de este concepto.

Diremos primeramente, que *genio*, en sentido lato, llano, amplio y elástico; (del latín: *genius*—*genio*) es la índole, el carácter, el temperamento, la personalidad, la forma como actúa; la manera como se comporta; el modo de proceder; de obrar, de manifestarse, de ser una persona natural. (Entiéndase física, ente de la humana especie). En resumen, *genio* en sentido estricto, es la unidad o variedad de fenómenos mentales; síquico-afectivos; apetitivos y motores, que caracterizan y distinguen a un individuo de la familia de Dios, que es la comunidad humana, en sus relaciones con el grupo frente al cual obra o en la forma como lo ven los observadores externos, en el caso de no manifestarse en el sentido como lo definió Aristóteles de *animal político*; porque puede ocurrir, que por el contrario, se manifieste frente a la colectividad como misántropo, como anacoreta, como algo extraño al apetito común de sociabilidad. Mejor escrito, como apolítico; y entonces, se dirá de él que tiene un *genio*: sombrío, melancólico, introvertido, retraído, represivo, etc.